ANTONI TRIAS I PUJOL. — EVOCACION DE SU FIGURA

M. BROGGI

(Académico Numerario)

Dentro de pocos días hará el año que murió súbitamente entre nosotros el que fue en vida Antonio Trias Pujol, uno de los hombres que más se han esforzado para elevar el nivel cultural de nuestro país.

Fue catedrático de la Facultad de Medicina, creador de una importante escuela de cirugía y el verdadero nervio propulsor de la extinta Universidad Autónoma de los años treinta.

Tal como ha sido dicho en otros sitios, las condiciones personales de Antonio Trias son difíciles de encontrar reunidas en una misma persona, pues además de un gran talento al servicio de una bondad inmensa era un hombre de acción, que no se limitaba a comentarios verbales y a disquisiciones más o menos utópicas, sino que cuando estaba persuadido de la nobleza y justicia de sus propósitos, éstos se convertían en un deber a cumplir y luchaba por ellos hasta límites y sacrificios increíbles. Así es como realizó, junto con el pequeño grupo que formaban el Patronato, la magnífica obra de la reforma universitaria

y así es como al ver derrumbarse sin esperanzas aquella obra admirable no dudó en sacrificarlo todo e ir a un país más acogedor, en el que se creó rápidamente un círculo creciente de nuevas amistades, un gran prestigio profesional y una situación social elevada y brillante.

Nació en Badalona el año 1891 de una familia acomodada. Su hermano mayor fue Joaquín Trias, a quien todos hemos conocido, que fue también profesor de cirugía en nuestra Universidad, miembro de esta Real Academia y hombre dotado de excelentes cualidades humanas y profesionales.

Estudió en Barcelona, donde se trasladaba diariamente con su hermano Joaquín y vivió intensamente en su adolescencia aquellos años de primeros de siglo de tanta agitación cultural y política y que tan fecundos han sido para el desarrollo de nuestra vida espiritual. En la Universidad establece contacto con personas eminentes, como son Fargas, Peyrí y Pi Sunyer que se destacan en medio de la mediocridad reinante y ya emplean en la en-

señanza el método inductivo. Fargas está en su última época, pero el influjo de su brillante personalidad se hace sentir en los que le rodean, no explica nada que no sea con el paciente delante y sin que el alumno busque los síntomas e intente deducir el cuadro clínico con sus consecuencias, para ser todo ello confirmado o corregido por el maestro. Fargas ha sido el primero en practicar con éxito las grandes operaciones abdominales, el padre de la ginecología y el introductor, junto con Cardenal, de los principios establecidos por Lister y Pasteur; su nombre es mundialmente conocido, es Presidente de esta Real Academia y Senador del Reyno. En un discurso pronunciado ante S. M. Alfonso XIII proclama que los graves defectos de la Universidad no tienen arreglo si no es bajo un régimen de autonomía que la emancipe de la burocracia dirigente que desconoce los problemas y retarda las soluciones. Todo esto es importante porque Antonio Trías es el gran seguidor de esta línea, en la que llega a superar al maestro, al convertir en realidad el sueño de la autonomía y al implantar los métodos de enseñanza propugnados. Su contacto con Fargas es fugaz, pues éste fallece al poco tiempo; poco después entra a formar parte de su familia al casarse con Montserrat, la tercera de sus hijas.

Al terminar los estudios, después de unos años de internado en el hospital clínico, obtiene por oposición la cátedra de cirugía de Salamanca, a los 26 años de edad, edad inverosímil y de lo que él mismo se lamenta en el

siguiente comentario: "De mí sé decir que cuando recuerdo mis primeros pasos por la Universidad de Salamanca me avergüenza pensar en mi fatuidad, inmadurez y errores técnicos en la clínica y en la sala de operaciones. Lo peor era la petulancia, inevitable en un adolescente que se ve ungido catedrático casi de la misma manera que un monaguillo podría encontrarse elevado a la dignidad episcopal".

Y prosigue: "El sistema de las oposiciones era funesto: eliminaba automáticamente a los hombres maduros y competentes, que eran en realidad los que tenían que ocupar las cátedras, y por otro lado hacía estragos entre la juventud estudiosa, que para poder triunfar en las oposiciones tenía que apartarse de la verdadera labor formadora de su personalidad científica para entregarse a lo que despectivamente se denominaba *empolladura*, para salir airoso de aquellos monstruosos ejercicios en los que se debía fingir saber mucho más de lo que realmente se sabía; estigma moral terrible y difícil de corregir en el futuro".

En Salamanca se encontró frente a los defectos básicos de la vieja Universidad planteados en toda su crudeza. Conflictos diarios con las direcciones de clínicas y hospitales, que dificultaban la utilización de los enfermos para la enseñanza; prohibición para efectuar necropsias, alegando argumentos de carácter medioeval y que lo obligaron a tomar una actitud de abierta rebeldía, que se tradujo en polémicas públicas y artículos en los periódicos que removieron la opinión durante su

estancia en la famosa Universidad. Todo esto lo hizo popular y le reportó contrariedades y disgustos, pero consiguió su propósito de mejorar la enseñanza al disponer de los elementos necesarios. En estas campañas se encontró apoyado por un grupo de profesores, pequeño en número, pero de gran calidad, entre los que destacaba la figura de Unamuno, que detentaba la cátedra de griego y con el que trabó relaciones de íntima amistad.

Años más tarde pasó a Barcelona, donde formó una importante escuela de efectos trascendentales, ya que de ella arranca la nueva dirección que conduce a la cirugía actual. Al llegar a Barcelona, con algo más de treinta años, se encontró con un ambiente muy distinto al que acababa de dejar en Salamanca. Aquí había gente muy destacada que practicaban con gran pericia las mayores intervenciones que entonces se llevaban a cabo y con resultados parecidos a los de los mejores centros mundiales. En aquella época, la práctica de la cirugía estaba condicionada por el factor tiempo, ya que si la operación se prolongaba la anestesia excesiva no era tolerada y nuestros cirujanos eran maestros en el difícil arte de unir la perfección a la rapidez; Juan Puig y Sureda fue, indiscutiblemente, la máxima personalidad en este tipo de cirugía. Para Antonio Trías lo principal era la meticulosidad, con lo que abrió nuevos campos en los que los resultados dependían de la práctica de los pequeños y múltiples detalles, lo cual representaba un cambio fundamental de orientación,

que después se ha impuesto totalmente y ha determinado el gran progreso de la moderna cirugía y así es como a su alrededor se formaron los primeros especialistas y se iniciaron las grandes especialidades que tan alto grado de desarrollo han adquirido. Empezó por la anestesia, que era la llave del problema, y la encargó a un médico joven —José Miguel— como a dedicación absoluta. Recordemos que de ello hace más de 40 años y que a la anestesia no se le prestaba apenas atención, encargándose de ella en la mayor parte de Servicios de aquí y de fuera de aquí al personal más indocumentado e incompetente. Los progresos pronto se notaron e hicieron posible el resto; se adquirió un aparato de anestesia a hiperpresión —entonces en período experimental— que abrió al cirujano el campo casi virgen de la cirugía intratorácica. Con la valiosa colaboración de Luis Sayé se practicaron las primeras toracoplastias selectivas y se empezó a operar en tórax abierto. Antonio Caralps, entonces médico interno en los servicios de Sayé y de Trías, se encargó de seguir a estos pacientes dedicándose a ellos totalmente, siendo éste el principio de la cirugía torácica en nuestro país. Asimismo, en su servicio del Hospital Clínico, se empezaron a efectuar las mayores operaciones de la neurocirugía, siendo extirpados con método y técnicas previamente preparadas y planeadas gran diversidad de tumores cerebrales y medulares y fueron tratados los más diferentes casos de compresión nerviosa. Adolfo Ley, que acababa de finalizar los estudios,

se encargó de seguir a estos enfermos, fue subvencionado para ir a Estonia primero y a Boston después para acabar de formarse en la especialidad naciente, que así empezó a desarrollarse. También se inició en el campo de la angiocirugía, hasta entonces muy poco trabajado, dedicándose con especial interés al cuidado y tratamiento de los pacientes con arteritis periféricas, siendo un gran propugnador de las simpatectomías centrales; en su servicio se operaron embolectomías, obstrucciones arteriales y aneurismas. Antonio Rodríguez Arias fue su seguidor en este sentido tan lleno de posibilidades.

Para llevar a cabo todo esto, estableció el primer servicio organizado de transfusión de sangre, en una época en la que no se conocían los subgrupos y en la que las técnicas de administración eran imperfectas.

Todos estos inicios representan un esfuerzo sobrehumano difícil de imaginar para el que lo contempla retrospectivamente, pero para el "pionier" cada detalle es un interrogante que puede determinar el fracaso y cada caso es una aventura incierta y peligrosa, todo lo cual requiere una gran cantidad de sacrificio. Así es como surgieron aquí las grandes especialidades de la cirugía, bajo la iniciativa y orientación de Antonio Trías, que debe considerarse entre nosotros como al verdadero creador de la cirugía moderna con sus inmensas posibilidades.

En el terreno de la enseñanza su actuación alcanzó un relieve extraordinario al realizarse la gran obra de la Universidad Autónoma, de la que fue

uno de sus más importantes promotores. La obra vastísima desarrollada en aquella época se efectuó rápidamente y en menos de dos años vimos a la vieja Universidad convertirse en una entidad viva y coherente llena de prometedoras esperanzas.

Además de contribuir al planeamiento general efectuó, junto con Augusto Pi Sunyer, toda la drástica reforma de la Facultad de Medicina. Proyectó y organizó la Escuela de Enfermeras, que resultó modélica en su género y que tan brillantes resultados dio bajo la dirección de Pijoan, saliendo de ella promociones muy bien preparadas, cuya superioridad aún hoy día se mantiene. Se preocupó mucho de su organización y planeamiento, considerándola una cuestión fundamental, ya que el país que no dispone de un cuerpo competente de personal sanitario auxiliar experimenta grandes limitaciones en el desarrollo y práctica de su Medicina.

Las puertas cerradas de la Universidad se abrieron de par en par y dieron entrada a gran número de hombres eminentes que estaban alejados de ella y que así se hubieran mantenido con el sistema de las oposiciones libres. Con ello fueron agregados en el primer momento: Pedro Domingo, Luis Celis, Juan Cuatrecasas, Emilio Mira, Juan Puig Sureda, Belarmino Rodríguez Arias, Luis Sayé, Isidro Polit y Rosendo Carrasco y fueron nombrados profesores libres Manuel Corachan, Francisco Esquerdo, Pedro Martínez García, Ribas y Ribas, Jacinto Reventós, Ignacio Barraquer y

José Gómez Márquez, la mayoría de los cuales eran dirigentes de importantes servicios nosocomiales, con lo que la mayor parte de los centros hospitalarios de la ciudad quedaron automáticamente incorporados a la enseñanza.

El número de profesores ayudantes se aumentó hasta uno por cada grupo de 20 a 40 alumnos; se suprimieron los exámenes por asignaturas y se hicieron las pruebas por grupos; se dio prioridad a la enseñanza práctica y por primera y única vez los estudiantes, por mediación de sus delegados, intervinieron en los claustros universitarios, donde hicieron sentir su voz y contribuyeron muchas veces con su voto en importantes decisiones.

Todo esto que parece una fábula milagrosa fue una realidad y fue el producto de un esfuerzo extraordinario, en el que siempre representaba el primer papel. En el corto tiempo que duró esta experiencia, su vida fue una lucha constante contra los obstáculos que iban surgiendo y los enemigos que se presentaban, de los que no fue el menor el espíritu de rutina y la inercia de la mayoría de los componentes del claustro universitario. No tuvo un momento de reposo hasta que su sueño fue una realidad. ¿Qué objetivo más noble y elevado puede llenar la vida de un hombre?

Luego las circunstancias adversas malograron la obra efectuada, que terminó después de una vida sumamente brillante y efímera, igual que una estrella fugaz en el cielo negro de la noche.

Antonio Trías fue un gran innovador y en muchos aspectos un precursor, con toda su grandeza y servidumbre. Su manera de actuar en cirugía no respondía a lo que era la cirugía de su tiempo, sino que anunciaba lo que sería la del día de mañana; la misma reforma universitaria encajaba difícilmente con el grado de madurez y de desarrollo del país. Por esto muchos no llegaron a valorarlo debidamente y experimentó el castigo de la incompreensión, que es el tributo inevitable que debe pagar el que se anticipa a su tiempo.

Ello nos ayuda a explicar el hecho de que aquí, después de una labor tan formidable y meritoria, efectuada con tanto esfuerzo y sacrificio, sólo se nos aparezca el silencio, el olvido y la muerte.

¡Cuán escasas fueron las palabras de elogio que escucharon sus oídos!
¡Qué contados los actos de homenaje que se le tributaron!

Pero todo esto no le afectaba ni le preocupaba. Era tan grande la cantidad de ilusión y de entusiasmo que ponía en la realización de su obra que con ello se sentía satisfecho y no necesitaba nada más; siempre le vimos igual: infatigablemente activo, alegre y optimista. No obstante, a los que le seguíamos de cerca nos dolía tanta incompreensión y por ello cuando recibimos la noticia de su muerte y lloramos amargamente su pérdida nos vino a la memoria aquel verso del romance en el que el héroe "se murió solo en la calle y nadie le conocía", en el que se expresa magistralmente la

extrema angustia de la desolación, que no es la de la soledad física, sino la de aquel que muere en medio de una multitud que no le ha comprendido.

Pero a pesar de todo, a pesar de todos los olvidos y silencios, su obra permanece y señala con más elocuencia que nada y que nadie la grandeza del que la ha producido y todo aquel que se interese por el estudio de nuestra cirugía se encontrará, magnificada por el tiempo, con la figura de Antonio Trías ocupando un punto crucial

en su evolución histórica y todo aquel que se interese por la mejora de nuestra Universidad se encontrará con la experiencia difícilmente superable de la Universidad Autónoma de los años treinta, y si lo que realmente le interesa es mejorarla se verá obligado a seguir sus huellas sin apartarse de ellas y a rendir homenaje a los que la hicieron posible con sus ideas y actuación y de un modo especial a la figura de Antonio Trías, que fue su verdadero genio creador.